

LA UNESCO Y EL DESAFÍO HUMANO*

Cada vez que nosotros, como representantes de los Estados miembros, asistimos a una reunión de la UNESCO, recordamos aquellas nobles palabras que se escribieron en Londres el 16 de noviembre de 1945, cuando el mundo despertaba de una cruel pesadilla y esperaba fundar una nueva era de solidaridad y entendimiento recíproco. La UNESCO era la utopía de concordia, el anhelo de una civilización verdaderamente mundial, que ya habían invocado desde los filósofos del Iluminismo del siglo XVIII, los hombres que firmaron el Acta de Filadelfia en 1767 —primera declaración al mundo de un país descolonizado— hasta los mejores conductores y pensadores de nuestra edad contemporánea.

Si efectivamente el hombre ha progresado, por lo menos en los pocos siglos que nos separan del nacimiento de la Ciencia moderna, del descubrimiento de desconocidas regiones del planeta y de las primeras grandes luchas políticas por la libertad y la tolerancia, a esta altura de los tiempos quizá el problema mayor sea de cierta racionalización de la Historia para que el porvenir ahorre a la humanidad tanto dolor inútil, tanta aventura cruel e irrazonable. Si antes los pueblos sólo se comunicaban en cruzadas de una religión contra otra, de una raza contra la raza opuesta, de la nación subyugadora contra la débil colonia explotada, la civilización nada nos enseñaría sino oponemos a las guerras y exterminios de ayer, un nuevo sistema de comprensión y cooperación internacional. Tendríamos que proclamar el fracaso del hombre, si la Técnica y la Ciencia —tan impresionantes de nuestros días— no avanzaran a la par de nuestra conciencia ética. La muerte o la salvación de la especie humana son ahora compromisos solidarios.

* Discurso pronunciado en la XI conferencia general de la UNESCO, celebrada en París en noviembre de 1960, por Don Mariano Picón-Salas, presidente de la delegación de Venezuela. Biblioteca Tulio Febres Cordero, Mérida - Venezuela

No se muere tan sólo de enfermedad y vejez o por el ciego furor de las guerras; se muere también de ignorancia y miseria. Y nuestro planeta —para decidirse alguna vez a salvar los tremendos desniveles humanos— no sólo está bien descubierto sino intercomunicado.

Simbólicamente, en esta Asamblea General de la UNESCO vienen a incorporarse a nuestros trabajos un grupo de naciones nuevas del continente africano, que desde la oprimida situación de colonias, emergen a su responsable condición de Estados nacionales; y es con el mayor alborozo como les presento la bienvenida en nombre de mi país. Creo que esa voz de África que hasta ahora no habíamos escuchado o no habíamos querido escuchar, esa experiencia africana — a veces milenaria y antigua como los más bellos mitos del hombre— será profundamente útil en el coloquio e intercambio de culturas que corresponden a la UNESCO. La Historia ya no es el club exclusivo de unas pocas y privilegiadas potencias, porque comienza a confundirse con el reino de Dios.

También las naciones latinoamericanas a que mi país pertenece, proclamaron su independencia hace ciento cincuenta años, y aunque en el camino de nuestro desarrollo hemos vivido largas horas adversas, cada vez se fortalece más nuestra fe en el sistema democrático de gobierno, en la libertad política y esa otra más alta libertad creadora que afirma la plenitud de la conciencia, y en el pacífico combate de la redención humana, que sólo puede lograrse armoniosamente por la educación y la cultura. Por eso nos sentimos identificados con los ideales y programas de la UNESCO, y saludamos con alegría la llegada a la organización de nuevos amigos, de nuevos colaboradores y participantes en la necesaria tarea de la concordia.

Porque creemos en la UNESCO y estimamos sobre manera su valor, habrá de permitírse nos que como a todas las cosas que estamos desarrollando y mejorando al unísono, deseemos que ella sea cada día más eficaz y nunca defraude nuestras esperanzas. La organización ha sufrido el tremendo y velocísimo desafío que le plantean los tiempos. No vivimos precisamente en una época tranquila; no hemos vencido

todavía la angustia y zozobra que querían superar los hombres que firmaron la entusiasta declaración de 1945. La paz de los pueblos y la paz de los espíritus no es aún conquista segura. La época se ha puesto a andar a ritmo velocísimo, y no es posible que sólo el grupo de consejeros reunidos dos veces al año y la extensa asamblea bienal que se encuentra ante una —a veces abrumadora— muralla de documentos piense con bastante serenidad y sosiego sobre toda la orientación y toda la ayuda que la UNESCO puede ofrecer al mundo.

La novedad y la meta que crea nuestra Organización sobre cualquier otro organismo internacional que exista o haya existido, es que aquí debe buscarse menos un equilibrio de potencias políticas que un sutil y profundo equilibrio de culturas. No es con una idea de poder o pasiva docilidad de los débiles ante los fuertes como ha de lograrse la paz de las naciones y la más frágil paz la de los espíritus. La experiencia de la UNESCO puede ser única, valedera y extraordinaria, porque por primera vez en la Historia del mundo se trata de buscar la concordia por la Educación y la Cultura, y no imponiéndola por el prestigio de un país o un grupo de países, o por la presión enmudecedora de la fuerza. El problema de la UNESCO es convencer más que vencer. Aunque de acuerdo con su renta pública y su poderío las naciones ofrezcan a la organización sus cuotas proporcionales, nada verdaderamente habremos hecho sino partimos del más cristiano y radical concepto de igualdad de todos los pueblos y de la más democrática representación de las culturas. Sería deplorable que también aquí donde se manejan valores del espíritu, fuéramos a dividirnos en pequeños y grandes, en débiles y poderosos. No sólo hay que extirpar la ignorancia para que la razón y el conocimiento liberen al hombre y le hagan cumplir mejor su cometido humano, sino también la soberbia del que cree que puede enseñar y redimir a los otros, aislándose en su orgullosa superioridad y desdeñando la fraternidad que pueden brindarle los demás hombres. Europa si fue y es un continente delantero en la marcha del progreso científico y técnico de los últimos siglos, a veces ha tenido que pagar ciertos

pecados de soberbia, cuando pensaba, en malas y ya superadas horas de colonialismo e imperialismo, que otros pueblos lejanos podrían trabajar pasiva y humilladamente para su prosperidad y que la Cultura debía reservarse como patrimonio precioso de los europeos. Otros grupos sectarios pretendieron trocar las querellas históricas en querellas biológicas y fue cuando se habló, por ejemplo, de razas superiores y razas inferiores y de una especie de mesianismo agresivo del hombre blanco sobre tierras y continentes distantes. Venturosamente esa intoxicación de orgullo y poder, que contaminó algunos grupos nacionales, ya tiende a desaparecer, y el mismo desarrollo de las Ciencias sociales, de la Etnología y la Antropología, han corregido en el hombre contemporáneo esa ceguera del horizonte histórico, contra la cual ya en el siglo XVIII, espíritus tan lúcidos como Montesquieu y Voltaire, escribían las *Cartas persas* o el muy edificante cuento *Micromegas*. Vengo de un Continente donde hemos luchado por la igualdad de las gentes que la pueblan, donde hemos afirmado denodadamente el valor de nuestra conciencia mestiza y donde un sacerdote de México, como el jesuita Pedro José Márquez escribió en siglo XVIII estas palabras que parecen un programa anticipado de la UNESCO: “Cualquier lengua por exótica que parezca, puede en virtud de la cultura ser tan sabia como la griega, y cualquier pueblo puede llegar a ser tan culto como el que crea serlo en mayor grado. La verdadera filosofía no reconoce incapacidad en hombre alguno o porque haya nacido blanco o negro o porque haya sido educado en los polos o en la zona tórrida. Dada la conveniente instrucción en todo clima, el hombre es capaz de todo”.

Casi es un lugar común de nuestra época hablar sobre las necesidades de los países subdesarrollados. En efecto, desde el punto de vista tecnológico y económico, hay naciones más favorecida que otras; hay algunas donde el trabajo y la producción emplean todavía los métodos más arcaicos, donde la común penuria física no permite aún que las gentes se nutran, se eduquen, se alojen y vistan con la holgura y seguridad de los países más ricos. Hay, además, una

cambiante escala de desniveles entre esas que llamamos con la definición más heterogénea “zonas subdesarrolladas”. Pero los expertos, que con laudable esmero envían los organismos internacionales a asistir y a enseñar, cometerían el más peligroso error si pensarán que también en aquellos pueblos las almas están subdesarrolladas, y que la carencia de un progreso técnico en determinado país está en relación directa con la penuria de inteligencia y de sensibilidad. Alguna vez me atreví a decir —y creo que conviene repetirlo— que la experiencia del intercambio de expertos entre todas las comarcas del mundo será utilísima para la comunicación de las culturas, pues si el técnico puede enseñar mucho a la tierra donde se le envíe, también necesita aprender en cada pueblo un legado de usos, de costumbres, una tradición ancestral, que no siempre la recogieron los libros o la registraron las estadísticas. “A hacerse él mismo, indio” para gustar la lengua extraña, descubrirle todo lo que podía expresar y conocer y amar las gentes, invitaba ya más de cuatrocientos años, una de las más nobles figuras de la evangelización cristiana en América, el Fraile Toribio de Benavente, quien cambió su nombre español por el indígena de Motolinia, que en lengua de Tlaxcala significa humildad y pobreza. ¡Qué buen patrón, qué buen santo para la asistencia técnica! Y si los latinoamericanos tenemos tanta veneración por Humboldt, segundo descubridor geográfico y profundo descubridor social de problemas de América, que aún en este momento parecen demasiado vivos, es porque el gran sabio poeta, no sólo supo utilizar en sus libros los métodos de que le había dotado Europa, sino también otra sabiduría empírica que le enseñaron, de tan largo trato con la tierra, los mineros y arrieros de México, los brogas del Orinoco, los pastores de los Andes, los pescadores de la costa venezolana. ¿Tendrán todos expertos que delegan en misiones a países distantes los Organismos de Asistencia Técnica, aquella modestia y caridad —no hay otras palabras para decirlo— del famoso fraile evangelizador, o la inmensa comprensión humana del Barón de Humboldt?

Mi Gobierno aplaude los buenos frutos que ofrece ya la

UNESCO en estos años de tesonera labor, y los proyectos en vía de desarrollo de que da muy clara cuenta el señor Director General en el informe que hemos venido a estudiar. Aún más: en el Proyecto de Programa y Presupuesto para 1960-1962, se ha logrado mayor síntesis e integración funcional de las actividades y recursos. Si es conveniente que la Organización siga trabajando dentro de aquellas esferas de prioridad que le trazaba la Octava Reunión de Montevideo en 1954, también es necesario que haya cierta renovación en las actividades especiales, para que la UNESCO interprete y sirva con agilidad las urgencias educativas, científicas y culturales que brotan con desgarrado apremio en las más varias zonas del mundo. Así no sólo Proyectos principales y de extraordinario alcance como el de la Extensión de la Enseñanza Primaria en América Latina, el del estudio y el aprovechamiento de las zonas áridas o el de la Apreciación mutua de los valores del Oriente y Occidente merecen toda la constante simpatía y el aplauso de mi Gobierno, sino también todos los otros que abren horizontes nuevos de cooperación educativa y científica a la humanidad entera. Nos parecen excelentes el informe sobre las necesidades de África Tropical en materia de enseñanza primaria, secundaria y técnica y la resolución que propone para los países árabes un planeamiento integral de la Educación. El proceso de descolonización en que entraron los países africanos, implica el adiestramiento veloz de sus pueblos para el libre disfrute de su destino. En cuanto al proyecto para los países árabes es una interesantísima tentativa de tratar la Educación en dinámico paralelismo con el desarrollo económico y la productividad de toda una zona.

Amigos africanos y amigos árabes, amigos de otros continentes que no sean solamente el nuestro, sentirán que también participamos de sus necesidades, y que el deseo por una humanidad mejor no se circunscribe a nuestra región o zona cultural y lingüística, sino que se proyecta al común destino terrestre, a una inmensa solidaridad y comunicación que fraterniza sobre las fronteras, distancias y lenguas. Y los países más ricos y desarrollados ya empiezan a comprender

que la Ciencia y la Técnica, transformadoras de la Naturaleza, liberadoras del trabajo del hombre, no son monopolios de ninguna nación o grupo favorecido, porque deben ofrecer capacitación y recursos a multitudes inmensas y abandonadas. En medio de las angustias de una época tan revuelta como la que vivimos, si hay un gran aliento de esperanza en el mundo, es esta unánime petición de aprendizaje, libertad y justicia que ahora nos viene de todas partes.

En una institución que crece tanto como la nuestra, es preciso revisar continuamente la eficacia de los planes y someterlos al más sincero balance. El escollo de todos los Organismos como éste, es que no se equilibre bien el espíritu de creación permanente con la tenacidad y persistencia en la tarea. O según las eternas palabras del Evangelio que “la letra no mate al espíritu”. Lo peor que podría ocurrirle a la UNESCO es que se comprimiera y estabilizara en la rutina conseguida no quisiera salir alguna vez —como el pájaro Rock— a respirar todo el aire oceánico y ver qué novedades depara el mundo. Los expertos de la UNESCO debieran leer alguna vez el bello cuento de Simbad. Si el funcionario es independiente, también lo es el hombre de ciencia, el humanista, el profesor, el escritor que viene de afuera y trae contra lo consolidado y establecido la originalidad del nuevo testimonio, la incomodidad cortés de una crítica. Dentro de la misma marcha normal de nuestra Casa, ciertas formas de colaboración interna pudiesen ser más ágiles y fructuosas.

Los delegados de los Estados miembros nos hemos lamentado a veces de que algunos servicios tienden a cerrarse en compacto rigor burocrático y no siempre escuchan el comentario que podemos hacerles. Recibimos de la Organización —aunque se trate de asuntos que nos atañen de modo muy directo— un material ya completamente elaborado, una letra que se fijó, sin que se piense que algo podríamos decir y recomendar cuando el proyecto o dictamen se prepara para la zona que conocemos mejor. Ha de decirme claro que poco significaría nuestra representación ante la UNESCO y el alto mandato que nos confiaron nuestros países, si sólo se ciñera a cuestiones de ceremo-

nial o a escribir notas de inocua cortesía burocrática. Nuestros pueblos sufren, interrogan, reclaman o sueñan, para que nosotros nos quedemos en el hacer a medias, o en esa especie de reflejo condicionado que engendra la rutina. Particularmente en lo que atañe a mi país, y creo que a todos los países de mi zona, la América Latina está demasiado requerida de los hombres que sirven o creemos servir, para que los frustre en misiones de puro ornamento. Queremos y debemos hablar y opinar en la Organización, y no sólo en la oportunidad solemne de las Conferencias generales. Sería conveniente que nos comunicáramos con ciertos servicios no sólo a través de papeles ya inalterables, sino con palabras vivas, de mayor aliento creador. Por eso la iniciativa que había tomado el señor Nanetti antes de retirarse de su cargo de Jefe de Relaciones con los Estados Miembros, había merecido todo nuestro apoyo y simpatía, ya que en varios coloquios y reuniones que deberían prolongarse a través del años, podríamos acercarnos a la acción cotidiana de la UNESCO, sin verla como extraña e importante superestructura de que a veces nos separan inmensas montañas de papel. Se creará a la larga cierta fatiga y desengaño en los representantes de los Estados miembros en la Organización, si se nos trata con la aisladora cortesía de los invitados del día de fiesta.

Del mismo modo, el Consejo Ejecutivo, tan sobrecargado de detalles, debería dar más confianza y fuerza a sus comisiones y estudiar con sosiego lo que parece primordial: la orientación misma de la UNESCO y la manera como adapta a circunstancias cambiantes y patéticas su plan de trabajo. La función de consulta que compete al Consejo para la provisión de altos cargos por el Directos General, ahora tiene un carácter puramente formalista y débil y no me atrevería a decir que en tan compleja materia se conserva siempre el equilibrio lingüístico y cultural entre los países representados. Como escritor y profesor, de lengua española, no deja de dolerme que ella no tenga ahora casi representación en los altos cargos directivos. Y hace tiempo que trajinan por la Historia y tienen una utilísima experiencia de fortuna y adversidad los pueblos de habla española que en América no

temieron el mestizaje conciliador, y ya en los libros del siglo XVI daban una nueva visión antropológica del hombre como era difícil encontrar en otras literaturas europeas. O con noble tradición moral de sus humanistas levantaban un nuevo ideal de concordia humana cuando toda Europa estaba anarquizada en guerras dinásticas, y hacían la más osada crítica desde las Casas y Victoria hasta Diego de Avendaño y Alonso de Sandoval—hombres ya formados en el Nuevo Mundo— del colonialismo y la esclavitud. ¿Sabemos todos que el primer gran libro en que se denunció la esclavitud que se estaba imponiendo a los pueblos africanos y el horror del tráfico esclavista, fue escrito en una pequeña ciudad de la América de entonces, en Cartagena de Indias y en una fecha ya tan lejana como la de 1626. Fue Sandoval, quien llegó a conocer varias lenguas africanas y penetrar el misterio de sus culturas, uno de los primeros y más grandes entre nuestros africanistas.

Pero cualquier crítica que hagamos a pequeños detalles en la marcha de la UNESCO, no disminuye ni enfría nuestra profunda fe en ella. Deseamos que esta organización, hecha para crear la paz en la mente de los hombres, siga ganando en calidad, agilidad y coherencia. Que continúe prestando la mejor ayuda a todas esas multitudes que en atrasadas regiones del mundo reclaman ese primer auxilio moral que se llama el alfabeto. Que asista así mismo con sus mejores expertos a esa liberación por el trabajo calificado, la Ciencia, la Cultura y la Tecnología que esperan tantas gentes cautivas de la ignorancia y la miseria. Y que en las discordias de nuestro tiempo, no abandone tampoco su deber de orientación intelectual y moral, de entendimiento y amistad entre las naciones a través de las más libres obras del espíritu. No temer a lo que puedan decir los pueblos, aun los más pequeños, y los más olvidados y desvalidos; no someter a peligrosos cálculos de poder o dominación política lo que debe ser el franco coloquio de las culturas; buscar la colaboración de las gentes útiles sin ningún prejuicio o discriminación metropolitana, en su sereno encargo en este difícil momento del mundo, en que sólo a través de la

veracidad y la comprensión recíproca podemos acercar a la dividida y medrosa familia de los hombres.

La UNESCO —lo repetiré muchas veces— no sólo puede enseñar a los pueblos donde proyecte su misión, sino también aprender de ellos formas de humanidad rica, varia y diversa; ser digna de un inmenso legado que a veces permaneció disminuido y oculto bajo el botín de los fuertes, en esa aventura de guerras, poderes y abrumadoras dominaciones con que a veces confundimos la llamada Historia Universal. ¡Que sea esta Casa de la UNESCO la del amistoso coloquio ecuménico, donde cada lengua, cada grupo —como decía el sacerdote mexicano del siglo XVII— piense que por la Educación y la Cultura, puede alcanzar los niveles a donde llegaron las civilizaciones más excelsas! La continua fe en el hombre necesitamos rehacerla aquí

Transcripción tomada de:
Picón Salas, Mariano. (1963). *Hora y Deshora*. Publicaciones Ateneo de Caracas. p.p 23-32.